

¿EXISTE un ARTE SOCIAL?

Es frecuente oír reprochar a los artistas su divorcio de la vida social ambiente. Parece que se anhela volver a los años en que el poeta se mezclaba a las multitudes y en lugar de las arengas que les dirigían los políticos, los apostrofaba con sus ditirambos y sus discursos rimados. O, tal vez, al tiempo en que hacer arte era contemplar la realidad, sólo la realidad, y rendirla en cuadros pálidos, tapizados de buenas intenciones y nada más que de buenas intenciones.

Jorge Plejanov plantea muy acertadamente el problema en su libro "El arte y la vida social", que ha sido traducido y publicado hace poco en España. Para Plejanov, cuyo criterio de comunista tiñe de un color especial argumentos y expresiones, pero en ningún caso entraba la rectitud de la argumentación, el arte es social sólo en las sociedades en que el artista encuentra solidaridad en el ambiente en torno.

Más aún: Plejanov afirma, y aduce ejemplos probatorios que persuaden, que la "tendencia hacia el "arte por el arte", surge allí donde existen discrepancias entre los artistas y el medio que los rodea". Desde luego puede objetarse a esta proposición que, en mayor o menor grado, todos los artistas disuenan en el ambiente. El artista—pintor, escritor, músico, poeta—es siempre un nefelibata en medio de un conjunto de hombres bien cimentados en la realidad. No comprende las cosas prácticas y se entrega a sus ensueños y a su íntimo demon sin curarse nada ni de nadie.

Sin embargo de esto, es evidente que en algunas épocas resucita el afán aristocratizante del artista y este vuelve a proclamar la teoría del "arte por el arte" y a ella conformada cada vez más, en lo sucesivo, su realización estética. Hoy, por ejemplo, sin que se haya planteado en parte alguna de modo explícito la cuestión de si el arte debe o no servir fines sociales, parece establecido que el arte no puede doblegarse a ellos. Aún más: se trata de dar al arte un contenido extrarreal, cuya enunciación ciertamente no es nueva. Plejanov mismo en el libro que comentamos ya se hace cargo de algunas proposiciones inspiradas por ese credo, que a él le parece simplemente monstruoso...

Pero en esta época ¿existe divorcio entre el artista y la sociedad en que éste vive? Yo creo que no. Prácticamente, pocas veces se había visto coincidir tan precisamente a los artistas con el espíritu de su tiempo. La renovación artística que hoy contemplamos, unos con alarma, los otros con esperanzada curiosidad, no ha nacido sino en los hechos mismos que han modelado de nuevo las formas del mundo. La nueva escultura, la pintura nueva, la poesía modernísima, la novela de hoy son el equivalente de las peregrinas instituciones sociales y políticas que se han abierto paso en el mundo desde 1914 hasta ahora. Más aún: todas esas manifestaciones artísticas y todas esas formas sociales han arrancado a su vez de los inventos modernos, de la prodigiosa transformación mecánica de la sociedad contemporánea. Keyserling, en su obra "El mundo que nace", establece que el personaje típico de la era actual es el chofer, sirviente de la máquina y en cierto modo mecanizado él mismo. El arte de hoy es el arte del chofer porque es estridente, nada espiritual, irregular, discontinuo y hasta cierto punto frenético, como todo aquello en que ha impreso su garra el monstruo

contemporáneo de la velocidad. Y este arte se hace con gusto, sin patetismo, sin retorcimientos estériles, sin trascendencia. Es un arte de mundo nuevo, sumamente animal todavía.

No se ve, pues, en el mundo actual el divorcio entre el artista y la realidad, aunque, como ya he dicho, el arte no sólo preterde ser arte puro—ajeno a todo fin ulterior a su propia esencia—sino que, además, pretende arrancar su origen no de la realidad, sino de ultramundos de ensueño y de fantasía.

Le pasó a Plejanov soportar un sino muy triste, que no le dió siquiera la oportunidad de revisar sus extremistas conclusiones estético-sociales. En efecto, mezclado desde muy joven, casi desde niño, a las agitaciones políticas de Rusia, debió sufrir persecuciones y extrañamientos dolorosísimos. Estudió en el Colegio Militar de Voroneg y luego pasó a la Escuela de Sargentos Nobles de Constantino, ubicada en Petersburgo. Estaba en esta Escuela cuando inició sus relaciones con los obreros socialistas de las fábricas de la capital rusa. Poco más tarde hubo una agitación obrera, y Plejanov debió huir para no ser encarcelado. Entonces, en la adolescencia, comienza su vida de aventura y de agitación. Participa en Congresos Socialistas y forma parte de la asociación revolucionaria Tierra y Libertad, en la cual defiende el punto de vista de la lucha pacífica, de la propaganda y de la agitación ideológica, contra el del terrorismo. Poco después tiene que emigrar y se radica en Ginebra. Pasa el tiempo en polémicas, discusiones ardientes, congresos y una obra de propaganda intensísima. Y así se suceden los hechos de la historia de Rusia: guerra con el Japón, rebelión de 1905, guerra de 1914... En 1917, una vez producida la primera revolución, Plejanov consigue volver a Rusia. Vuelve como triunfador. Es uno de los padres de la nueva patria socialista, compañero de Lenin, figura respetadísima por todos. Pero la salud del agitador siente el galope de los años. Curvado sobre el escritorio, el teorizante y el agitador ha consumido sus pulmones. A fines de 1917, cuando la revolución ha vivido sólo semanas de fiebre y de gloria, Plejarov cae gravemente enfermo. El 30 de mayo del año siguiente, muere.

Alcanzó a ver a su país libre de la opresión zarista; alcanzó a disfrutar un poco de tiempo la embriaguez de la autonomía política. Pero no vió lo demás, lo que han tenido que soportar Lenin, Trotski y Stalin: la resistencia pasiva, la incapacidad política del campesino y del obrero ruso para una correcta aplicación de los principios marxistas, la renovación del despotismo bajo la Cheka y la Gpeú...

No vió tampoco de qué manera este nuevo mundo que nace ha creado un arte que es adecuación estricta de las formas contemporáneas de la vida social y que, sin embargo, no es más que un arte puro, desembarazado no ya de contenidos políticos y sociales o doctrinarios, sino hasta de sostén anecdótico.

En suma, no asistió al derrumbe de sus prolifas teorizaciones.

Edificarlas hoy es una crueldad para su memoria pura y noble.

RAUL SILVA CASTRO